



Tres miradas

Alessandro Zara Ferrante

Ilustraciones: Rafael Estrada



Tres miradas

Alessandro Zara Ferrante

Ilustraciones: Rafael Estrada

Desde hace algunos meses vive con nosotros un hermoso **perro** de poco más de un año de edad. Abandonado en el campo y convertido en un esqueleto, fue recogido por una amiga que me lo entregó.

Con los cuidados normales y el debido cariño está ya completamente repuesto y sus músculos laten suavemente debajo de su brillante manto negro.

Cuando lo llevo a un descampado, da una vuelta corriendo y luego —quizás recordando los tiempos de mendicidad— se detiene y me observa con la inocencia que sólo los animales son capaces de expresar. En su mirada se lee inequívocamente la pregunta: "¿Qué se supone que tengo que hacer aquí?"

Probablemente la expresión de sus ojos plantea la misma duda que le sobrevino cuando fue abandonado. Seguramente entiende en mi gesto la sencilla respuesta: "Jugar".



Esta tarde fui a una becerrada en el cultísimo pueblo de El Escorial.

El primer **becerro**, de poco más de un año de edad, dio una vuelta corriendo por la plaza y luego —quizás recordando a su mayoral, en el que confió a lo largo de su breve existencia— se detuvo y observó al torero, con la inocencia que solo los animales son capaces de expresar, y en su mirada se leyó inequívocamente la pregunta: "**¿Qué se supone que tenga que hacer aquí?**". Seguramente no entendió la sencilla respuesta: "**Morir**".



No pude evitar ver la similitud del latir de sus músculos adolescentes debajo de su brillante manto negro, con los músculos y el brillante manto negro del **perro** que había paseado conmigo unas horas antes.

Después de unos interminables veinte minutos, lo que había sido un **becerro** lleno de vida y ganas de vivir, se había convertido en un amasijo ensangrentado aun latente.

No me esperaba una tercera mirada esa tarde pero, mientras la plaza ovacionaba al valiente matador, alguien le acercó una hermosa **niña** de unos seis años, bellísima, ataviada con su traje tradicional y su hermosa y brillante cabellera rubia.

El matador sonriente y eufórico se arrodilló junto a la cabeza del **becerro**, cuyos músculos impotentes aun latían suavemente debajo de su brillante manto negro. Le cortó las orejas como si estuviera recogiendo flores y se las entregó a la sonriente **niña**, instándola a que se las mostrara al público con orgullo.

La **niña**, con la inocencia que solo los niños y los animales son capaces de expresar, sostuvo las pequeñas orejas en sus manos y las miró, luego miró al torero, luego al público, y en su mirada se leyó inequívocamente la pregunta: "**¿Qué se supone que tenga que hacer aquí?**".



Seguramente no consiguió respuesta alguna. Obedeció y levantó las manos ofreciendo al público las orejas, sonriendo sin entender en absoluto lo que estaba ocurriendo...

Siguió la tortura y el sacrificio de un segundo **becerro** que mugió desgarradoramente por el dolor de las heridas, por la desesperación y la impotencia. Y de un tercero. Una vez que el tercer **becerro** también había sido ejecutado, la **niña** volvió a ser llevada cerca del cadáver.

No hubo manera de que volviera a recibir las orejas que le ofrecían. Su expresión ya no era de inocencia sino de terror y angustia, y miraba fijamente sin ver los músculos que aún latían bajo el brillante manto negro del **becerro**.

La misma mirada, la misma pregunta, la misma angustia al no recibir respuesta, en **cachorros** de diferente especie.

Nota del autor:

Lamentablemente cualquier parecido con hechos reales no es en absoluto casual.

Dedicado a los compañeros de **Equanimal**, de **Igualdad Animal** y del **Pacma** (Teresa, Patricia, Ian, Jonas), que han hecho de tripas corazón asistiendo a estos terribles espectáculos para conseguir testimonios gráficos de la barbarie.



safe creative

1303044709700

INFO ABOUT RIGHTS